

...este idiota de Stendhal.

GUSTAVE FLAUBERT

Para Stendhal, la literatura no es más que el sucedáneo de una velada con un buen licor.

MARCEL PROUST

De la primera de las frases citadas en epígrafe, hay que deducir que Flaubert no sentía mucha simpatía por Stendhal. Además de esta andanada insultante, el autor de *Madame Bovary* también escribió:

Encuentro [*El rojo y el negro*] mal escrito e incomprendible en lo tocante a caracteres e intenciones [...] En cuanto a Beyle, después de haber leído *El rojo y el negro* no he entendido nunca el entusiasmo de Balzac por un escritor así.

Puede parecer extraña esta incomprensión de *El rojo y el negro* por parte de un hombre inteligente y culto, autor además de *La educación sentimental*, una novela que tiene analogías bastante evidentes con la de Stendhal. Y si atribuyéramos este desprecio flaubertiano a la conocida incuria estilística de Stendhal, que no

se entretenía mucho en revisar sus textos y que según dejó escrito y se ha repetido tanto, tenía como ideal de prosa el Código Civil napoleónico (lo dijo pero no lo cumplió), entonces podríamos recordar que el mismo Flaubert dijo de Balzac en una carta muy citada:

¡Qué hombre habría sido Balzac, si hubiese sabido escribir! Pero solo le faltó eso. Un artista, después de todo, no habría hecho tanto, no habría tenido esa amplitud.

Es decir, que esta especie de absolución que Flaubert otorga al mal estilo de Balzac se la niega a Stendhal.

En cuanto a Marcel Proust, la frase citada informa más sobre la personalidad compleja de Proust que sobre sus gustos literarios, porque la realidad es que Proust sí que apreció mucho a Stendhal, tanto que en *Contre Sainte-Beuve* aparece como uno de los escritores más injustamente tratados por el ilustre crítico que da nombre al libro. En realidad, Proust tenía a Stendhal en gran estima, y escribió páginas muy agudas a propósito de esa novela tan extraña y tan mal comprendida que es *La cartuja de Parma*, sobre la que el Narrador de la *Recherche* escribe este párrafo espectacular:

El nombre de Parma, una de las ciudades adonde más deseaba ir desde que había leído *La Cartuja*, me aparecía compacto, liso, malva y suave, si me hablaban de una casa cualquiera de Parma en la que sería recibido, me causaban el placer de pensar que habitaría en una morada lisa, compacta, malva y suave, que no tenía relación con ninguna de las moradas

de ninguna ciudad de Italia, puesto que me la imaginaba tan solo con la ayuda de esa sílaba pesada del nombre de Parma, en la que no circula aire alguno, y de todo cuanto yo le había hecho absorber de dulzura stendhaliana y de reflejo de violetas.

Una frase en la que el sintagma «dulzura stendhaliana» traduce muy imperfectamente el francés *douceur stendhalienne*, una expresión de Proust que ha hecho fortuna, y con toda la razón.

Pero el hecho es que Flaubert y Proust escribieron las frases citadas, y ahora, en un intento de entender esas reacciones, aventuraré una hipótesis temeraria, inde demostrable, acaso una teoría-ficción, y además un poco gamberra si se quiere, pero que no me parece del todo insensata: la hipótesis de que Flaubert no comprendió a Stendhal y Proust sí, que ambos genios sintieran cierta incomodidad ante Henri Beyle, independientemente de cómo valoraran su obra, por el hecho de que Stendhal representaba una actitud ante la literatura, o la escritura, radicalmente opuesta a la de ambos; y aquí la frase de Proust citada más arriba sería una formulación muy aproximada de esta hipótesis gamberra.

Pero vayamos por partes: como espero que haya quedado claro, Flaubert concibió la vida y la creación literaria como dos esferas de actividad prácticamente incompatibles, y abrazó una opción radical, absoluta: renunció casi a vivir para escribir. En cuanto a Proust, como veremos, contrariamente a lo que dice la leyenda, nunca renunció del todo a vivir para escribir, pero sí concibió la experiencia como material bruto que

tiene como valor casi único enriquecer la Obra, portadora de salvación, y por tanto justificación final del oficio de vivir.

En este aspecto, Stendhal se tomó las cosas de modo muy distinto, y declaró repetidamente que su principal ocupación era la *chasse au bonheur*, la caza de la felicidad, que a él lo que de veras le gustaba era ir al teatro a oír una buena ópera y mirar los escotes de las señoras, visitar museos, iglesias, lagos y montañas (se le considera uno de los inventores del turismo, todos tenemos un mal momento), leer crónicas italianas antiguas, y que si escribía era sólo para burlar el aburrimiento o tal vez —y eso no lo dijo que yo sepa pero me parece una evidencia—, porque no podía no escribir. Hay una frase de Proust en *Contre Sainte-Beuve* que parece confirmar esa diferencia entre ambos escritores en cuanto a la relación jerárquica entre literatura y vida: «[Stendhal] situaba la literatura por debajo no solo de la vida, de la cual es, al contrario, la culminación, sino de las distracciones más desabridas». Es la formulación literal de la manera tan distinta como valoraban el vivir y el escribir estos dos genios de la novela.

Proust, en cambio, o su Narrador, pensaba que «*le bonheur est salubre pour le corps, mais c'est le chagrin qui développe les forces de l'esprit*», o sea, la felicidad es saludable para el cuerpo, pero la pena estimula las fuerzas del espíritu. Es más, cuando en el último capítulo de la *Recherche* el protagonista por fin se siente con ánimo para ponerse a escribir, es porque percibe que «cualquier inquietud sobre el futuro, cualquier duda intelectual quedaba disipada. Las que me

asaltaban un momento atrás sobre la realidad de mis dones literarios, incluso sobre la realidad de la literatura, se deshacían como por arte de magia». Entonces cae en la cuenta de que el material con el que construirá su obra procederá, precisamente, de la infelicidad, y que «casi puede decirse que las obras, como los pozos artesianos, ascienden más arriba cuanto más abajo el sufrimiento ha cavado en el corazón». Ahora bien, una cosa es que Proust pensara que la infelicidad desarrolla las fuerzas espirituales y proporciona material novelesco de gran calidad, y otra cosa es que su libro resulte triste. Yo, sin vacilar ni un instante, le doy toda la razón a Borges cuando en una conversación con Bioy Casares comentaba: «En Proust siempre hay sol, hay luz, hay matices, hay sentido estético, hay alegría de vivir».

En cuanto al amor, y una vez más a diferencia de Flaubert, Stendhal se lanzó a él con todo el ímpetu de que era capaz, aun sabiendo que su físico poco agraciado y una sífilis contraída de muy joven no le facilitarían mucho las cosas en el terreno de las relaciones íntimas con las mujeres, que le gustaban muchísimo. Gracias a ello pudo escribir páginas extraordinarias sobre el amor, y concebir aquel magnífico epitafio que figura sobre su tumba en el cementerio de Montmartre:

ARRIGO BEYLE MILANESE SCRISSE AMO VISSÉ
[ARRIGO BEYLE MILANÉS ESCRIBIÓ AMÓ VIVIÓ]

Puede extrañarnos que se haga llamar «Arrigo» un señor que en el Registro Civil consta como «Henri»,